

HOMILIA 2.<sup>a</sup>

## Para el día de Pentecostés.

## Divinidad de la Religión católica.

**M**ADOS míos en el Señor: La Epístola de la Misa en esta gran festividad de la Iglesia nos declara un conjunto de milagros portentosos, que muestran de una manera evidente la divinidad de nuestra sacrosanta Religión. Oid cómo se expresa el Espíritu Santo en el sagrado libro de los *Hechos apostólicos*, de donde está tomada nuestra Epístola. Dice así:

*«Habiendo llegado el día de Pentecostés, hallábanse todos (los Apóstoles) reunidos y unánimes en un mismo lugar, y de repente se oyó un ruido como de viento impetuoso, que venia del cielo y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y vieron aparecer á manera de lenguas de fuego, las cuales se dividieron y se aposentaron sobre cada uno de ellos. Y entonces fueron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas, según como el Espíritu Santo les daba que hablasen. Y residian entonces en Jerusalén judíos, varones religiosos de todas las naciones que había debajo del cielo, y tan luego como se extendió la fama del suceso, acudió mucha gente y quedó pasmada porque oía á los Apóstoles hablar á cada uno en su propia lengua. Y estaban todos atónitos, y se maravillaban, diciendo: ¿No veis que son galileos estos que hablan? ¿Pues cómo los oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua? Parthos y Medos, y Elamitas, y los que moran en la Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, Ponto y Asia, en Phrygia y Pamphylia, Egipto y tierras de Libia, que está comarcana á Cyrene, y los que han venido de Roma, Judíos también, y Prosélitos, Cretenses y Arabes los hemos oído hablar en nuestras lenguas las grandezas de Dios.»* (Act., II, 1 á 11.)

Hasta aquí, carísimos hermanos, el texto literal de la Epístola, y en él se evidencian dos cosas que muestran la divinidad de la Religión católica, á saber:

- 1.º Los milagros del Espíritu Santo en los Apóstoles.
- 2.º Los milagros de los Apóstoles por el Espíritu Santo.

## PUNTO 1.º

## LOS MILAGROS DEL ESPÍRITU SANTO EN LOS APÓSTOLES

Paréceme que ningún hombre en sano juicio osará negar los hechos históricos referidos en nuestra Epístola, y mucho menos entre cristianos que sabemos la verdad é infalibilidad de lo contenido en las Sagradas Escrituras; pues bien, como dichos hechos, en especial las lenguas de fuego que descendieron sobre los Apóstoles, son evidentemente milagrosos, no se puede negar que la Religión católica es en realidad divina; pues es dogma de fe declarado en el Santo Concilio Vaticano, que *«los milagros suministran á los hombres una prueba verdadera del origen divino de la Religión cristiana (1).»* Dios es el único que puede hacer verdaderos milagros, porque es el único que puede alterar las leyes generales del mundo, y por otra parte su bondad y santidad infinitas jamás permitirán que los artificios del demonio nos arrastren invenciblemente al error.

Ahora bien: el glorioso Padre San Bernardo, en un discurso que pronunció con motivo de la presente festividad, hácenos ver que los milagros obrados por Dios en el día de Pentecostés superan en mucho á los que realizó en la creación del universo. «Examinad, dice, la creación del mundo y del hombre en particular; ved las cosas que allí se hacen, la manera con que se hacen y el motivo porque se hacen, y hallaréis tres grandes milagros que contienen otra infinidad de ellos: hallaréis un milagro de *omnipotencia*, un milagro de *sabiduría* y un milagro de *bondad* infinita.

Milagro de *omnipotencia*, porque sólo la omnipotencia de Dios puede crear alguna cosa de la nada; milagro de *sabiduría* infinita, porque sólo una infinita sabiduría puede establecer y conservar este orden admirable que reina en el universo; milagro de *ilimitada bondad*, porque sólo bondad tal podía preparar tantos bienes para el hombre que no los había merecido. Y ¿quién duda, añade, que los milagros obrados en Jerusalén, en el día de Pentecostés, son todavía mayores?

En la creación del hombre, bastó que la Santísima Trinidad dijera *«Hagamos al hombre»* (*Faciamus hominem*), porque el barro

(1) Concil. Vatic. Constit. *Dei Filius*, cap. III, de *Fide*.—Los racionalistas de nuestros tiempos no admiten la intervención sobrenatural de Dios que llevan consigo los milagros, y así miran éstos como hechos debidos á causas naturales ignoradas. ¡Cuánto deliran los hombres y qué ciegos caminan cuando se apartan de las vías católicas!

no oponía resistencia á las manos del obrero; mas en el día de hoy fué preciso un gran ruido como de viento impetuoso, que venía del cielo y que llenó toda la casa donde los Apóstoles estaban sentados, porque se trataba de transformar las almas con la gracia y el corazón de los hombres es menos dócil al mandato del Ser Supremo que el barro de que fué formado su cuerpo.

En la creación del alma humana bastó una inspiración de vida sobre el rostro del hombre, para que éste quedara hecho en alma viviente, pero en el día de hoy para transformar á los Apóstoles se necesitó un viento impetuoso, y que produjera gran ruido.—*Sonus tanquam advenientis spiritus vehementis.* (Verso 2.)

En la creación de Adán y de Eva el Espíritu Santo se comunicó únicamente á ellos, mas hoy se comunica desde luego á ciento veinte personas que se hallaban reunidas en Jerusalén, y después, mediante ellas, á todo el universo, llenando á sus discípulos de sus dones y de sus gracias, ilustrando su espíritu, purificando su ánimo, enardeciendo sus corazones, fortaleciendo su voluntad, y haciéndolos prontos para ejercitar todo género de virtudes.

En la creación de nuestros primeros padres se les comunicó el Espíritu Santo de una manera invisible y sólo permaneció con ellos algunas horas (1), pasadas las cuales le contristaron con su desobediencia y le obligaron á ausentarse de sus corazones; mas en el día de Pentecostés se detiene en cada uno de sus discípulos (*Seditque supra singulos eorum*), fija en ellos su residencia, y los confirma en su gracia; es decir, les hace la virtud no necesaria, sino fácil, y el vicio no ya imposible, sino tan odioso, que en adelante el gran número de dichos discípulos no cometerá ningún pecado mortal.

En la creación de Adán y de Eva obró el Señor la maravilla de concederles el don de una sola lengua, y fué ya gran portento; pero, ¿qué comparación ofrece con la venida del Espíritu Santo, cuando este divino Huésped instantáneamente llenó su entendimiento con el don de varias lenguas, y *comenzaron á hablar, según que el mismo Espíritu Santo les iba poniendo las palabras en sus labios?*—*Prout Spiritus Sanctus dabat eloqui illis.* (Verso 4.)

¡Qué maravilla el que hombres que apenas sabían hablar su propia lengua, de repente comenzaran á hablar en todas las lenguas del mundo, y tan claro, que aquellas gentes asombradas, decían: «¿No veis que son Galileos estos que hablan? ¿Pues cómo los

(1) Según algunos seis horas. Quien desee ver la cuestión extensamente tratada, consulte á Suárez, tomo III, página 368, edición de París, año 1846.

*oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua?*» (Verso 6.) ¡Oh prodigio inaudito de la omnipotencia del Espíritu Santo! Es indudable, hermanos carísimos; hubo en este admirable acontecimiento, no un milagro, sino un conjunto de milagros obrados por Dios en la persona de los Apóstoles, para que todos los hombres del mundo deduzcan de aquí la divinidad de la Religión católica, que por dicha nuestra profesamos.

¿Y qué diremos de las lenguas de fuego que descendieron del cielo y se aposentaron sobre la cabeza de los discípulos? ¿Quién no ve aquí que fué para denotar mejor el fuego divino que el Espíritu Santo encendía en el corazón de los Apóstoles, á fin de que éstos con sus lenguas de fuego abrasaran el espíritu de todos los fieles, y ardiera el mundo entero en llamas vivas de amor sagrado? ¿Y por qué se dividían dichas lenguas de fuego sino para significar aquella verdad tantas veces repetida por San Pablo, á saber, que hay diferentes dones, pero no hay más que un solo Espíritu?

Mas, podrá preguntarse: ¿Porqué el Espíritu Santo escogió personas tan pobres y sin letras, prefiriéndolas á tantas otras que había ricas y sabias? El Apóstol San Pablo nos revela el motivo, diciendo: «Escogió débiles para confundir á los fuertes, pobres para confundir á los ricos, ignorantes para confundir á los sabios, á fin de que en la conversión del mundo nada aparezca que no sea divino. ¡Ah, Señor!—decía David.—¡Cuán grandes y magníficas son tus obras! ¡Todo lo haces con la mayor sabiduría! (1).» Es decir, amados míos, que todo es milagroso, magnífico y sublime en la presente festividad; y los prodigios obrados por el Espíritu Santo en la persona de los Apóstoles constituyen una prueba ineludible de la divinidad de la Religión católica. Confirmemos esta prueba considerando ahora los milagros que los mismos Apóstoles obraron en virtud de los dones con que les enriqueció el Espíritu Santo.

#### PUNTO 2.º

##### LOS MILAGROS DE LOS APÓSTOLES POR EL ESPÍRITU SANTO

¿Qué eran los discípulos de Jesús antes de la venida del Espíritu Santo? Claramente lo expresa la narración histórica de los Santos Evangelios. Con dificultad se encuentra timidez mayor que la suya. Apenas se presenta el traidor Judas con la cruel turba de soldados

(1) *Quam magnificata sunt opera tua, Domine; omnia in sapientia fecisti.* (Ps. XCL, v. 16.)

romanos para prender á Cristo, al punto ellos emprenden la fuga, y si Pedro mostró alguna más constancia que los otros, sin embargo, seguía á Jesús *de lejos (a longe)* y después le negó cobardemente. ¿A quién no sorprende tal debilidad é inconstancia en un hombre que había hecho á Jesús reiteradas protestas y juramentos de morir primero que abandonarle? ¡Pedro tiembla á la voz de una simple criada, finge no conocer á Jesús y protesta con horrible juramento que no sabe quién es! ¡A tal extremo llegó! Y si esto hizo el más animoso de los Apóstoles, ¿qué estarían dispuestos á hacer los demás?

Pruebas claras dieron de ello, pues aun después de la resurrección de Jesucristo, se ocultan cuidadosamente por miedo á los judíos y temen no se les complique en la causa del Maestro á quien han seguido. ¿Y son estos los hombres destinados para enarbolar el estandarte de la fe y sacarle triunfante en todas las regiones de Judea y en todas las provincias del imperio romano?—Sí, carísimos hermanos, y lo llevaron á cabo con un arrojo y valentía que maravilla. La transformación y el prodigio, ya sabéis cómo se obró; claramente lo dice nuestra Epístola; todo fué obra de la virtud omnipotente del Espíritu Santo. Descendió sobre ellos en leguas de fuego, y *comenzaron á hablar.—Et coeperunt loqui.* (Verso 4.)

¡Oh fortaleza divina venida de lo alto! Pedro, sin el Espíritu Santo, es vencido por la voz de una sirvienta; mas tan luego como ha recibido el divino Huésped, se constituye vencedor de los príncipes, de los reyes y de los imperios. ¡Tal es el ánimo que infunde en los corazones la presencia augusta del divino Consolador! Lo que es imposible á la naturaleza se hace posible y hasta fácil con la gracia de Dios. Al momento que el Espíritu Santo ilustra los entendimientos y mueve los corazones, cambia las afecciones humanas, acrecienta la energía del ánimo y cesamos de ser lo que éramos, y nos convertimos en lo que no éramos.

Pues bien; cuando el Santo y divino Espíritu descendió sobre los Apóstoles, había en Jerusalén cretenses, árabes, medos, partos y una infinidad de judíos de todas las naciones del mundo conocido, y especialmente estos últimos eran enemigos mortales de todos los discípulos de Jesucristo; supieron lo que pasó en el Cenáculo, corrieron á él, y al oír á los Apóstoles anunciar en diferentes lenguas las maravillas del Señor, quedaron asombrados, y dijeron: «¿Qué es esto? ¿No son Galileos los que hablan? ¿Pues cómo los oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua?» (Verso 11.) Pero otros decían burlándose: «*Estos están tomados del mosto.*» (Verso 13.) ¡Oh impie-

dad! ¡Oh insensatez! ¡Osar atribuir á la embriaguez un milagro tan grandioso y tan evidente como el don de lenguas! De esta manera permite el Señor que se cieguen en el entendimiento aquellos impíos que no quieren ver la luz.

Pero el milagro sube de punto, pues tomando Pedro la palabra, hízolo con tal valentía, unción y eficacia, que en un solo discurso convirtió tres mil judíos á la fe de Jesucristo. ¡Oh fuerza milagrosa de la palabra de Dios! Bien se evidencia en este caso que ni una sola sílaba pronunciaron sus labios que no le fuera dictada por el Espíritu Santo, y, por consiguiente, que la Religión de Jesucristo es divina y la única verdadera.

Antes del día de Pentecostés, viviendo en compañía de su divino Maestro, *no entendían muchas veces lo que les hablaba y todo era un enigma para ellos (Nihil horum intellexerunt.—Luc., XVIII)*; después de la resurrección, habiendo visto tantos milagros obrados en su presencia, todavía merecieron que Jesús les dijera: *¡Oh necios é incrédulos en todo lo que han dicho los profetas (Luc., XXIV)*; mas ¡oh prodigio! tan luego como el Espíritu de verdad bajó sobre sus cabezas, instantáneamente son para ellos familiares las santas Escrituras, penetran su sentido, explican sus obscuridades, exponen con la mayor claridad los misterios y convencen á los entendimientos más indóciles y mueven á los corazones más empedernidos. Y esto, amados míos, no fué más que el comienzo de los innumerables y portentosos milagros que después continuaron obrando todos los Apóstoles, como revestidos de la virtud omnipotente de los cielos; y fueron tantos y tan sorprendentes, y tan persuasivos que crecieron los fieles de Cristo como la hierba de los campos, y todos ellos en la primitiva Iglesia se apresuraban á vender sus haciendas y á ponerlas á los pies de los Apóstoles, para que sirvieran de socorro á los pobres, teniendo todos como un solo corazón y una sola alma, ocupándose de continuo en la oración, en alabar á Dios y en acercarse á la Sagrada Mesa, para alimentarse del pan eucarístico, encanto de su vida y regocijo de sus corazones.

Esta es la historia de los hechos que nadie en sano juicio puede negar, y de aquí síguese con todo rigor lógico la ineludible consecuencia de la divinidad de la Religión de Cristo Nuestro Señor. ¿Quién al considerar los portentosos milagros que recordamos en la presente festividad y que refiere nuestra Epístola, no se ve obligado á confesar que los prodigios obrados por el Espíritu Santo en los Apóstoles, y los que los Apóstoles multiplicaron después por la virtud del Espíritu Santo, son prueba fehaciente de que la Reli-

gión cristiana es obra enteramente de Dios, y por consecuencia divina?

Demos, pues, gracias al Señor por los milagros que ha obrado en este solemne día para establecer su Iglesia, y por la merced inestimable de llamarnos á ella. Admiraremos los prodigios de poder, de sabiduría y de amor que obró el Espíritu Santo en favor de los Apóstoles, y de la fortaleza, celo y prudencia que los Apóstoles emplearon en extender la vida, pasión, muerte y resurrección de nuestros Señor Jesucristo; y creyendo, y venerando, y amando tan sublimes y consoladores misterios, vivamos adorando y glorificando á Dios en esta vida, con la dulce confianza de gozarle después en la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

### Para el día de la Santísima Trinidad.

#### Profundidad y necesidad del misterio.

**M**ADOS hermanos míos: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán impenetrables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fué su consejero? ¿O quién le dió á El primero, para que le sea recompensado? Porque de El, y por El, y en El son todas las cosas. A El sea gloria en los siglos. Amén.» (Rom., XI, 33 á 36.)

De esta manera, carísimos hermanos, se expresa el Apóstol San Pablo en la Epístola de este día, y la Iglesia nuestra Madre lo apropia y refiere al augusto misterio de la Santísima Trinidad; misterio inefable, misterio trascendental, misterio incomprensible, que constituye un artículo de fe en nuestra sacrosanta Religión.

«¡Oh Trinidad Santísima!—exclama San Agustín en sus Soliloquios. (XXXI.)—Vos sola os conocéis perfectamente. Vos sola ¡oh Trinidad augusta! sois infinitamente superior á todo lo que es admirable, indecible, inaccesible, incomprensible, ininteligible, aventajando substancialmente á toda inteligencia, á toda razón, á todo en-

entendimiento y á toda la cognoscibilidad de los espíritus celestiales. A Vos, Trinidad Santísima, nadie es capaz de comprenderos, ni de explicaros, ni de imaginar como sois, aunque se os mire con los ojos de los ángeles (1).»

Esto dijo el gran Obispo de Hipona; y sin embargo, amados míos, yo tengo hoy necesidad de hablaros de dicha Trinidad augusta, á la que no comprendo ni puedo comprender; pero que con todo mi corazón amo, venero y adoro, deseando que la adoren, veneren y amen todos los pueblos de la tierra, y que en todas partes resueno este dulcísimo himno de alabanzas: «Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.»

Así, pues, vamos ahora todos juntos á glorificar á Dios uno y trino, con la sumisión de nuestro entendimiento, creyendo para conocer, y conociendo para amar; porque este augusto misterio exige ser creído, ser amado, ser venerado, pero no vanamente escudriñado. Dos cosas intento manifestaros:

- 1.º La profundidad del misterio.
- 2.º La necesidad de creer en él.

#### PUNTO 1.º

##### EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD ES PROFUNDÍSIMO

Decir, amados hermanos, que el misterio de la Santísima Trinidad es profundísimo en su esencia, parece completamente inútil porque todos lo sabemos; pero no lo es considerar las inefables verdades que en él se encierran y que la Iglesia nos manda que creamos. ¿Cuáles son estas verdades?

La primera es, que hay un Ser Supremo, Soberano Señor de cuanto tiene ser, que todo lo crió con la virtud de su palabra, y que este Ser es Dios vivo y verdadero, infinito en todo género de perfecciones, y que es un solo y único Dios. Oye, Israel; el Señor Dios tuyo, es un solo Dios (2). UN SOLO DIOS, pues así lo declaró el Señor en el Deuteronomio, diciendo: Ved que yo soy solo, y que no hay otro Dios sino yo (3).

Esta verdad de fe, nadie dirá que es obscura porque la misma

(1) Trinitas sancta... quam, neque dicere, neque cogitare, neque intelligere; neque cognoscere possibile est, etiam oculis angelorum. (S. Agustín.)

(2) Audi Israel, Dominus Deus noster, Dominus unus est. (Deuter., VI, 4.)

(3) Videte quod ego sim solus, et non sit alius Deus praeter me. (Deuter., XXXII, 39.)